

## Muere John H. Elliott, el historiador británico maestro de hispanistas, a los 91 años

**Su biografía del Conde-Duque de Olivares, y su profundo conocimiento del Imperio español, inspiraron a generaciones de académicos**



**Rafa de Miguel**

Londres - 10 marzo 2022

Es el corresponsal de EL PAÍS para el Reino Unido e Irlanda. Fue el primer corresponsal de CNN+ en EE UU, donde cubrió el 11-S. Ha dirigido los Servicios Informativos de la SER, fue redactor Jefe de España y Director Adjunto de EL PAÍS. Licenciado en Derecho y Máster en Periodismo por la Escuela de EL PAÍS/UNAM.



John H. Elliott. Alvaro García

El historiador británico y maestro de hispanistas John Huxtable Elliott, universalmente conocido como John H. Elliott, ha fallecido este jueves a los 91 años en el Hospital John Ratcliffe de Oxford, adonde fue trasladado desde el Community Hospital de la misma localidad el pasado día 5 de marzo, a causa de una neumonía y complicaciones renales. El grave deterioro de su salud se ha producido en los últimos días. Solo sus familiares le han visitado en las instalaciones médicas. Muy debilitado, Elliot ha mantenido casi hasta el final su brillante lucidez.

Contaba Elliott que fue durante sus años universitarios, en un momento en el que ya había comenzado a mostrar interés por España y su pasado, cuando se fue a recorrer durante seis semanas la Península Ibérica con un grupo de compañeros. El país le impresionó, pero le impresionó sobre todo el Museo del Prado. “Me impactó especialmente el retrato de Velázquez del Conde-Duque de Olivares, el famoso estadista español del siglo XVII, justo cuando se producía el declive de España, y decidí que me gustaría hacer algo relacionado con su periodo en el Gobierno”, explicaba el historiador e hispanista en una entrevista coloquio en el Oriol College de Oxford, en 2008.

A partir del estudio psicológico del conde-duque llevado a cabo por Gregorio Marañón, y del sucinto estudio del personaje realizado por Cánovas del Castillo en el siglo XIX, Elliott buceó en un periodo trascendental de la historia de España para rescatar a un personaje fundamental en sus propósitos, pero conscientemente olvidado durante siglos por culpa de sus múltiples fracasos. Era necesario llevar a cabo algo de historia comparativa, especialidad tan anglosajona, para rescatar a Gaspar de Guzmán de la excepcionalidad española y engarzarlo en una historia común de la Europa de esa época. El conde-duque fue el “primer ministro” por excelencia de un Imperio en decadencia. Trabajador, inteligente, ambicioso y leal al rey. Elliott fue capaz de presentar la figura de un estadista reformador, empeñado en mejorar la educación, la administración, el comercio y la industria de los territorios de la Monarquía. El historiador buscó los paralelismos del conde-duque con su gran némesis histórica, el cardenal Richelieu, y descubrió con su obra a los académicos españoles la complejidad de la época de los Austrias, y los problemas para vertebrar España que han perdurado hasta hoy.

Para encontrar la mayor parte de los documentos necesarios para su trabajo, Elliott se trasladó a Barcelona. Allí trabajó en la rebelión catalana de 1640 contra el poder central de Madrid, y entró en contacto con el grupo de historiadores liderados por Jaume Vicens Vives. “Simpaticé mucho con la población catalana, mientras al mismo tiempo intentaba desmitificar parte de su historia, forjada en gran medida en términos de héroes y villanos”.

Hasta el final de sus días intentó entender —y aportar su propio análisis— sobre el desafío separatista catalán. Su libro *Catalanes y Escoceses: Unión y Discordia* (Ed. Taurus) es una visión compleja, ampliamente documentada, de dos indiscutibles realidades históricas con identidad propia, a la vez que una crítica con autoridad sobre la cuestionada utilidad del independentismo en el siglo XXI. Un libro en cuya introducción agradece la ayuda de su otrora alumna de Oxford, Cayetana Álvarez de Toledo (“me brindó amplias oportunidades de poder exponer y comprobar mis ideas sobre España, en público y en privado”), así como de los académicos Josep María Castellá, Josep María Fradera o Xavier Gil Pujol. Elliott supo ver los errores de un Gobierno como el de Rajoy, obligado a hacer frente a un colosal desafío constitucional, pero incapaz de pensar más allá del marco judicial. “Rajoy fue incapaz de ver la dimensión del problema catalán que estaba emergiendo en ese momento. Esa estrechez de miras tanto de él como del Partido Popular fue un desastre. Su falta de flexibilidad, su falta de voluntad en entender a la otra parte. Porque está claro que hay un hecho diferencial en Cataluña y los catalanes quieren que esa diferencia sea reconocida. Quieren que se acepte que son algo históricamente diferente al resto”, explicaba Elliott a

EL PAÍS en octubre de 2018, recluido ya en la pequeña y entrañable casa victoriana a las afueras de Oxford.

Tras estudiar en el selecto colegio de Eton, se doctoró en Historia en la Universidad de Cambridge. Ha sido catedrático en el King's College de Londres, en Princeton y en Oxford. En España fue doctor *honoris causa* por las Universidades Complutense, Carlos III de Madrid, la de Sevilla y la de Alcalá de Henares. En 1996 recibió el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales. Junto a su gran obra sobre el Conde-Duque de Olivares, destacan otras como *La Europa dividida (1559-1598)* y *Lengua e Imperio en la España de Felipe IV*.

OPINIÓN / CARLOS MARTÍNEZ SHAW

## Elliott, el saber a disposición de todos

El pasado jueves 10 de marzo perdimos a uno de los referentes más significados de la historiografía española de las últimas décadas. John H. Elliott (Reading, Reino Unido, 1930-Oxford, 2022) ha sido uno de los más sobresalientes hispanistas e historiadores que hemos tenido oportunidad de conocer y tratar. No es posible dar cuenta de su copiosa obra, aunque algunos títulos han representado verdaderos hitos para los historiadores de nuestra generación. Tras el deslumbramiento de su *España imperial* (1963), vinieron *La revuelta de los catalanes* (obra que le permitió sumar la lengua catalana a la castellana), *El Viejo Mundo y el Nuevo* (uno de los libros más lúcidos sobre el impacto del conocimiento de América en Europa), *El Conde Duque de Olivares* (una biografía que ha servido de modelo o de inspiración a prácticamente todas las demás que le han seguido), *Un palacio para un Rey* (en que el estudio, junto a Jonathan Brown, del Palacio del Buen Retiro puso de relieve su sensibilidad para el arte, especialmente el arte español del Siglo de Oro, que además alimentó su afán coleccionista) o, para poner un límite a esta enumeración, *Imperios del Mundo Atlántico*, *Gran Bretaña y España en América* (donde resalta, mejor que nadie antes, las diferencias entre los dos modelos de colonización signados por los distintos contextos geográficos, cronológicos e ideológicos), terminando con una visión que delata su interés también por el presente, sus reflexio-



John H. Elliott, en marzo de 2015. / CLAUDIO ÁLVAREZ

nes sobre *Catalanes y escoceses: unión y discordia*, de 2018.

Naturalmente, una obra tan ingente y tan relevante le procuró multitud de reconocimientos. Designado en 1973 para una plaza en el prestigioso Institute of Advanced Study de Princeton (donde ofreció un lugar de trabajo a jóvenes historiadores españoles, como Quisco de la Peña o Xavier Gil, y acogió a otros ya consagrados, como Jordi Nadal o Gonzalo Anes), fue nombrado en 1990 *Regius Professor* de

El historiador británico, fallecido el jueves, fue un pionero en el estudio moderno del Imperio español

Historia. En España recibió el premio Príncipe de Asturias, fue académico de la Real Academia de la Historia y fue elegido Doctor Honoris Causa por la Universitat de Lleida (la primera en hacerlo), la Complutense, la Carlos III, la de Sevilla, la de Alcalá y la de Cantabria, si la memoria no me falla.

Sin embargo, el mayor reconocimiento le vino de parte de la totalidad de sus numerosos discípulos, a su vez grandes hispanistas e historiadores siguiendo la senda de su maestro. Solo citaré a James Casey (que también se nos fue en 2020) y a Geoffrey Parker y Richard Kagan, porque sus nombres constan como coordinadores del volumen homenaje que se le dedicó en 2001, pero no quiero arriesgarme a citar a los demás por miedo a algún lamentable olvido. Todos se reunían con él en las diversas convocatorias que se sucedieron a lo largo de los años, haciendo a veces largas travesías para no faltar a la cita simbólica y entrañable.

Porque John H. Elliott fue una persona entrañable, que siempre puso su saber y su buen consejo a la disposición de todos aquellos que se le acercaban y que profesó un cariño realmente paternal a sus discípulos, siempre presentes en su recuerdo. De ese modo, supo dejar una estela de fieles amigos por todos los lugares de España que recorrió, llevado en alas de su curiosidad y de su amor a esta tierra. La influencia de su sabiduría, de su buen hacer (nunca dio una conferencia, nunca hizo un discurso, sin prepararlo hasta la última palabra) y de su trato siempre discreto y afable, se mantendrá por mucho tiempo. De momento, terminemos diciendo que nos ha dejado "harto consuelo su memoria".

Carlos Martínez Shaw es historiador.

DANIEL GASCÓN

## John Elliott: España no es diferente

He pasado la vida intentando desmitificar y eliminar la idea del excepcionalismo español", decía John H. Elliott, que ha muerto en Oxford a punto de cumplir los 92 años. Elliott fue un historiador decisivo que iluminó muchos aspectos del mundo hispano: la tensión entre unidad y diversidad, la relación entre España y América, la decadencia y los intentos de reforma. Participó en los debates de su disciplina, deshizo tópicos, situó la España del XVII en un contexto global. Escribió obras de referencia como *La España imperial*, *La rebelión de los catalanes* o su modélica biografía del conde-duque de Olivares. Ampliaba su disciplina: trazó monumentales historias comparadas de los imperios inglés y español, de Escocia y Cataluña. Ese impulso formaba parte "de la idea de destruir el provincialismo que todos tenemos con respecto a nuestras propias historias". Descubrir el Museo del Prado fue uno de los acontecimientos de su vida: creía que el arte ayudaba a entender una sociedad. La España que visitó por primera vez en 1950 "era un país muy diferente: miserable, con muchísima pobreza". Recordaba a los niños mendigos y decía que le había impresionado "la dignidad de los españoles en un momento en el que el ambiente político era sofocante". Pensaba que quizá no fuese casual que un inglés de la época posimperial decidiera estudiar la España poshegemónica. Admiraba la Transición y la apertura del país en la democracia. Fue un maestro de historiadores: de Geoffrey Parker, de Richard Kagan, de Cayetano Álvarez de Toledo. Era riguroso, claro, mesurado, con un afán de ecuanimidad y exactitud, y un temperamento liberal. Combatía la visión determinista de la historia y le preocupaba la manipulación del pasado que realizaba el nacionalismo. Parte de la tarea del historiador era desmontar los mitos; otra parte, saber cómo se construían. "Los historiadores tenemos que mostrar la complejidad de cualquier momento histórico importante: probar que había varias opciones abiertas, que hay que entender por qué se escogió una y no otra, comprender el papel de los individuos, de la cultura política del momento", me dijo en una entrevista. "No vas a saber nunca la verdad total sobre ningún tema, pero si puedes hacer una reconstrucción plausible en cuanto a su aproximación a la verdad, y aceptable para tu propia generación, que tendrá intereses distintos de otras generaciones, estás consiguiendo algo". @gascondaniel